

dencia mas se sirve en el gobierno de los mundos que están á su cargo, y le deje Dios gozar felicisimos años para el universal bien de su iglesia.

CARTA

DEL DR. BERNARDO DE BALBUENA

Á LA SEÑORA

DOÑA ISABEL DE TOBAR Y GUZMAN,

DESCRIBIENDO LA FAMOSA CIUDAD DE MÉJICO
Y SUS GRANDEZAS.

ARGUMENTO.

De la famosa Méjico el asiento,
Origen y grandeza de edificios,
Caballos, calles, trato, cumplimiento,
Letras, virtudes, variedad de oficios,
Regalos, ocasiones de contento,
Primavera inmortal y sus indicios,
Gobierno ilustre, religion y estado,
Todo en este discurso está cifradô.

CAPÍTULO I.

ARGUMENTO.

De la famosa Méjico el asiento.

O tú, heroica beldad, saber profundo,
 Que por milagro puesta á los mortales
 En todo fuiste la última del mundo;
 Criada en los desiertos arenales,
 Sobre que el mar del Sur resaca y quiebra
 Nacar lustroso y perlas orientales;
 Dó haciendo á tu valor notoria quiebra,
 El tiempo fue tragando con su llama
 Tu rico estambre y su preciosa hebra;
 De un tronco ilustre generosa rama,
 Sujeto digno de que el mundo sea
 Columna eterna á tu renombre y fama:
 Oye un rato, señora, á quien desea
 Aficionarte á la ciudad mas rica,
 Que el mundo goza en cuanto el sol rodea.
 Y si mi pluma á este furor se aplica,
 Y deja tu alabanza, es que se siente
 Corta á tal vuelo, á tal grandeza chica.
 ¿Que Atlante habrá, qué Alcides que sustente
 Peso de cielo, y baste á tan gran carga,
 Si tú no das la fuerza suficiente?
 Dejo tu gran nobleza, que se alarga

A nacer de principio tan incierto,
 Que no es la escura antigüedad mas larga.
 De Tobar y Guzman hecho un enjerto
 Al Sandoval, que hoy sirve de columna
 Al gran peso del mundo y su concierto.
 Dejo tu discrecion, con quien ninguna
 Corrió parejas en el siglo nuestro,
 Siendo en grandezas mil, y en saber una:
 Que aunque en otros sujetos lo que nuestro
 Aquí por sombras, fueran resplandores
 De un nombre ilustre en el pincel mas
 diestro:
 En tí es lo menos que hay, y los menores
 Rayos de claridad con que hermo seas
 La tierra, su altivez y sus primores.
 Y así se queden para solo ideas,
 No imitables de nadie, á tí ajustadas,
 Solo á tí, porque sola en todo seas.
 Ahora en las regiones estrelladas
 Las alas de tu altivo pensamiento
 Anden cual siempre suelen remontadas;
 O en mas humilde y blando sentimiento
 De la fortuna culpen el agravio
 De no ajustarse á tu merecimiento;
 O del mordaz el venenoso labio,
 Que á nadie perdonó, tambien se atreva
 A mostrar en tu envidia su resabio;
 Dó quiera que te hallare esta voz nueva,
 En cielo, en tierra, en gusto ó en disgusto,
 A oirla un rato tu valor te mueva.
 Que si es en todo obedecerte justo,

Esto es hacer con propiedad mi oficio,
 Y conformar el mio con tu gusto.
 Mándasme que te escriba algun indicio
 De que he llegado á esta ciudad famosa,
 Centro de perfeccion, del mundo quicio:
 Su asiento, su grandeza populosa,
 Sus cosas raras, su riqueza y trato,
 Su gente ilustre, su labor pomposa.
 Al fin un perfectísimo retrato
 Pides de la Grandeza Mejicana,
 Ahora cueste caro, ahora barato.
 Cuidado es grave y carga no liviana
 La que impones á fuerzas tan pequeñas,
 Mas no al deseo de servirte y gana.
 Y así, en virtud del gusto con que enseñas
 El mio á hacer su ley de tu contento,
 Aquestas son de Méjico las señas.
 Bañada de un templado y fresco viento,
 Donde nadie creyó que hubiese mundo
 Goza florido y regalado asiento.
 Casi debajo el trópico fecundo,
 Que reparte las flores de Amaltea
 Y de perlas empreña el mar profundo,
 Dentro en la zona por dó el sol pasea,
 Y el tierno abril envuelto en rosas anda,
 Sembrando olores hechos de librea;
 Sobre una delicada costra blanda,
 Que en dos claras lagunas se sustenta,
 Cercada de olas por cualquiera banda,
 Labrada en grande proporcion y cuenta
 De torres, chapiteles, ventanajes

Su máquina soberbia se presenta.
 Con bellísimos lejos y paisages,
 Salidas, recreaciones y holguras,
 Huertas, granjas, molinos y boscajes,
 Alamedas, jardines, espesuras
 De varias plantas y de frutas bellas
 En flor, en cierce, en leche, ya maduras.
 No tiene tanto número de estrellas
 El cielo, como flores su guirnalda,
 Ni mas virtudes hay en él que en ellas.
 De sus altos vestidos de esmeralda,
 Que en rico agosto y abundantes mieses
 El bien y el mal reparten de su falda,
 Nacen llanos de iguales intereses,
 Cuya labor y fértiles cosechas
 En uno rinden para muchos meses.
 Tiene esta gran ciudad sobre agua hechas
 Firmes calzadas, que á su mucha gente
 Por capaces que son vienen estrechas:
 Que ni el caballo griego hizo puente
 Tan llena de armas al troyano muro,
 Ni á tantos guió Ulises el prudente;
 Ni cuando con su cierce el frio Arturo
 Los árboles desnuda, de agostadas
 Hojas así se cubre el suelo duro,
 Como en estos caminos y calzadas
 En todo tiempo y todas ocasiones,
 Se ven gentes cruzar amontonadas.
 Recuas, carros, carretas, carretones,
 De plata, oro, riquezas, bastimentos
 Cargados salen, y entran á montones.

De varia traza y varios movimientos
 Varias figuras, rostros y semblantes,
 De hombres varios, de varios pensamientos;
 Arrieros, oficiales, contratantes,
 Cachopines, soldados, mercaderes,
 Galanes, caballeros, pleiteantes;
 Clérigos, frailes, hombres y mugeres,
 De diversa color y profesiones,
 De vario estado y varios pareceres;
 Diferentes en lenguas y naciones,
 En propósitos, fines y deseos,
 Y aun á veces en leyes y opiniones;
 Y todos por atajos y rodeos
 En esta gran ciudad desaparecen
 De gigantes volviéndose pigmeos.
 ¡O inmenso mar, donde por mas que crecen
 Las olas y avenidas de las cosas
 Ni las echan de ver ni se parecen!
 Cruzan sus anchas calles mil hermosas
 Acequias que cual sierpes cristalinas
 Dan vueltas y revueltas deleitosas,
 Llenas de estrechos barcos, ricas minas
 De provision, sustento y materiales
 A sus fábricas y obras peregrinas.
 Anchos caminos, puertos principales
 Por tierra y agua á cuanto el gusto pide
 Y pueden alcanzar deseos mortales.
 Entra una flota y otra se despide,
 De regalos cargada la que viene,
 La que se va del precio que los mide:
 Su sordo ruido y tráfago entretiene,

El contratar y aquel bullirse todo,
 Que nadie un punto de sosiego tiene.
 Por todas partes la codicia á rodo,
 Que ya cuanto se trata y se practica
 Es interes de un modo ó de otro modo.
 Este es el sol que al mundo vivifica,
 Quien lo conserva, rije y acrecienta,
 Lo ampara, lo defiende y fortifica.
 Por este el duro labrador sustenta
 El áspero rigor del tiempo helado,
 Y en sus trabajos y sudor se alienta;
 Y el fiero imitador de Marte airado
 Al ronco son del atambor se mueve,
 Y en limpio acero resplandece armado.
 Si el industrioso mercader se atreve
 Al inconstante mar, y así remedia
 De grandes sumas la menor que debe;
 Si el farsante recita su comedia,
 Y de discreto y sabio se hace bobo,
 Para de un hora hacer reir la media;
 Si el pastor soñoliento al fiero lobo
 Sigue y persigue, y pasa un año entero
 En vela al pie de un áspero algarrobo;
 Si el humilde oficial sufre el severo
 Rostro del torpe que á mandarle llega,
 Y el suyo al gusto ageno hace pechero;
 Si uno teje, otro cose, otro navega,
 Otro descubre el mundo, otro conquista,
 Otro pone demanda, otro la niega;
 Si el sutil escribano papelista
 La airosa pluma con sabor voltea,

Costoso y desgraciado coronista;
 Si el jurista fantástico pleitea,
 Si el arrogante médico os aplica
 La mano al pulso y á Galeno hojea;
 Si reza el ciego, si el prior predica,
 Si el canónigo grave sigue el coro,
 Y el sacristan de liberal se pica;
 Si en corbas cimbrías artesones de oro
 Por las soberbias arquitraves vuelan
 Con ricos lazos de inmortal tesoro;
 Si la escultura y el pincel consuelan
 Con sus primores los curiosos ojos,
 Y en contrahacer el mundo se desvelan;
 Y al fin, si por industria ó por antojos
 De la vida mortal, las ramas crecen
 De espinas secas y ásperos abrojos;
 Si unos á otros se ayudan y obedecen,
 Y en esta trabazon y engace humano
 Los hombres con su mundo permanecen,
 El goloso interes les dá la mano,
 Refuerza el gusto y acrecienta el brio,
 Y con el suyo lo hace todo llano.
 Quitad á este gigante el señorío
 Y las leyes que ha impuesto á los mortales,
 Volveréis su concierto en desvarío.
 Caerse han las columnas principales
 Sobre que el mundo y su grandeza estriva,
 Y en confusion serán todos iguales.
 Pues esta oculta fuerza, fuente viva
 De la vida política, y aliento
 Que al mas tibio y helado pecho aviva,

Entre otros bienes suyos dió el asiento
 A esta insigne ciudad en sierras de agua,
 Y en su edificio abrió el primer cimiento.
 Y así cuanto el ingenio humano fragua,
 Alcanza el arte, y el deseo practica
 En ella y su laguna se desagua
 Y la vuelve agradable, ilustre y rica.